

consonni

Yanina Vidal

Niñas vírgenes



A la memoria de mi abuela, Lucinda.

Levantaré la losa de una tumba.

—JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, *Tabaré*

La maestra preguntó, como cada viernes, si alguien quería confesarse. «¡Yo!», grité y me señaló la puerta para que saliera. Cerré con un golpazo que retumbó por todo el colegio. Hacía un año que había tomado la comunión y después de eso no me había vuelto a confesar. No le veía ningún sentido a contarle mis secretos a un desconocido, mucho menos a hablar de mis pecados para que me convenciera de rezar más de la cuenta. A diferencia de lo que hacían algunos de mis compañeros, yo únicamente rezaba cuando iba al colegio porque me obligaban las monjas y las maestras, no porque me gustara. No solo me parecía aburrido, sino que sentía que nadie me escucharía. Sin embargo, desde hacía un tiempo necesitaba confesarle a alguien el dolor que yo tenía, aunque me mandara a rezar más para encontrar alivio.

Atravesé muy despacio el pasillo que separaba los salones de clase de la capilla. Me avergonzaba tener que ir ante el cura y contarle lo que me ocurría. Pensé que podía enojarse porque yo no era de las que iban habitualmente al confesionario. La única vez que lo había hecho solo dije que hacía enojar a mi mamá cuando no quería hacer los deberes y poca cosa más. En el mismo momento en que me estaba confesando sabía que no lo decía todo, que era algo para salir de allí.

No recuerdo con exactitud qué era lo que me había guardado, pero recuerdo haber escogido el silencio. Esta vez tenía una carga que ya no quería más y entendí el sentido de la confesión y por qué la gente lo hacía. Aunque me aburriera rezar, necesitaba hacerlo para que esa molestia desapareciera.

El mármol del pasillo hacía que todo fuera más gélido. Me había acostumbrado a verlo lleno de gente, sin embargo, esta era la primera vez que lo transitaba sola. Temblaba mientras me acercaba a la capilla, un poco por el frío y otro poco porque estaba muy nerviosa. Me daba vergüenza tener que hablar delante del cura. No retrocedí, pero me planteaba durante todo el trayecto si hacía bien en avanzar.

Entré a la capilla y me dirigí hacia una pequeña habitación que se encontraba detrás del altar. Ese lugar era más cálido que cualquiera de los espacios del colegio, no solo porque entraba la luz del sol, sino porque los colores de los vitrales realzaban cada detalle convirtiéndolo en un caleidoscopio, parecía una página recortada de un antiguo libro. Había un gran sillón con pequeños almohadones que daba directo a una ventana de la cual solo podía verse el celeste del cielo, hacia el fondo se encontraba un gran escritorio con una lámpara de bronce que en ese momento estaba apagada, aunque el detalle de la lámpara me transportó a la ilusión de perderme en la lectura de alguno de los libros de la gran biblioteca que estaba detrás del sofá donde me esperaba sentado el padre Pedro.

Él no era el cura con el que había tomado la comunión, pero igual lo conocía de verlo en el colegio. A diferencia de otros que también daban misa allí, a veces jugaba al fútbol con los varones, e incluso se sumaba al coro de los misioneros cuando había alguna ceremonia. Me sonrió y pidió que me sentara en el sillón de los almohadones.

El padre Pedro llevaba unos pantalones y un suéter gris que hacían juego con su barba espesa, también gris. Cruzó las piernas y, con la sonrisa que aún mantenía, me preguntó con su tonada española por qué estaba allí. No llegué a responder, porque el llanto me ganó de mano. En cada intento por decir algo, el llanto me interrumpía de nuevo. Entonces el cura descruzó sus piernas, y acercándose un pañuelo, me dijo que no intentara contenerme, que, si realmente lo necesitaba, llorara. Él estaría para escucharme cuando me sintiera mejor.

Después de limpiarme la nariz y secarme un poco la cara, el padre apoyó los codos en las rodillas y sin ninguna prisa volvió a pedirme que hablara cuando me sintiera mejor. Dejé el pañuelo a un costado y le confesé que Pablo, mi compañero de banco, me decía *negra*. Apenas logré terminar la frase, cuando volví a llorar. En ese momento sentí que el cura se había relajado, porque tal vez esperaba que yo le dijera algo peor. Se reclinó un poco ante mí y me dijo que yo era muy linda para llorar por las cosas que decía un idiota.

Era la primera vez que escuchaba a un sacerdote decir una palabra de esas. Dejé de llorar y volví a mirarlo. Fue en ese preciso instante en el que el padre Pedro me dijo que si ese niño volvía a llamarme así, le contestara que era un hijo de puta. «Sí, dile que es un hijo de puta», reafirmó. Me dio un beso en la frente y me dijo que, si eso era todo, podía retirarme.

Salí de la habitación habiendo dejado el peso que cargaba. De tanto llorar me dolía la cabeza, pero había algo en el aire que hacía todo más fresco y liviano. Al fin y al cabo, confesarme no había sido tan malo. ¿Acaso yo sería la única del colegio que tuvo el privilegio de confesarse ante un sacerdote que dijera la palabra *idiota* y, mejor aún, *hijo*

de puta? Me alegraba pensar en esa posibilidad, así como también en la de volver al salón y decirle a Pablo lo que realmente era.

Salí de la capilla y, aprovechando que no había ninguna monja ni maestra cerca, corrí a toda velocidad. En ese tramo sentí cómo la pollera del uniforme se balanceaba y mis pasos retumbaban en el mármol. Al llegar a la puerta del salón, mis pies se deslizaron sobre las baldosas inmaculadas. Por poco me caigo, pero pude hacer equilibrio justo a tiempo. Me detuve un momento antes de abrir la puerta y dejar que la adrenalina que traía de la confesión se aquietara. Escuché las voces de los niños en la clase y a la maestra que gritaba intentando poner un poco de orden.

Abrí con mucha suavidad y me dirigí hacia el banco con la cabeza baja. Como si nada en esos minutos hubiera pasado, volví al molde de hacía unos instantes. La maestra no notó mi entrada, así como tampoco la salida de otra de mis compañeras que también iba a confesarse. Me dirigí hacia mi lugar en la última fila, mientras atravesaba las mochilas y abrigos que estaban tirados en el piso.

Me senté, saqué los lápices de mi cartuchera para continuar con el ejercicio del libro que había dejado abierto. Mis movimientos se volvieron pausados a medida que empezaba a vigilar de reojo lo que hacía Pablo. Mi atención estaba colocada en él. Aguardaba el momento en que se me acercara y me dijera algo, pero no lo hacía. Revolvía la cartuchera, pasaba las páginas del libro y Pablo aún seguía sin mirarme. Cerré el libro, solté el lápiz y con ese gesto de renuncia ante el ejercicio, me recliné hacia atrás a la espera de que Pablo quisiera delatarme ante la maestra.

Apenas se dio vuelta y enseguida se alarmó porque yo estaba con los brazos cruzados y el libro cerrado. Volvió a

fijarse en mí con sus ojos pequeños y verdes como espinas, apoyó su codo sobre mi banco para encontrar comodidad y dando a entender que todo lo que estaba de mi lado también le pertenecía. Entonces me mantuve mirando el libro y esperé por la palabra de siempre.

«No estás haciendo nada, negra», me dijo. Esta vez lo miré a los ojos, y él, al darse cuenta de que lo enfrentaba, dejó de sonreír hacia un costado como solía hacer. Así que me animé y se lo dije: «Sos un hijo de puta». Pablo bajó la mirada, cruzó los brazos y comenzó a llorar con un berrinche de bebé. Todos se dieron vuelta y se hizo un gran silencio en el salón. Creo que para los que estábamos allí era la primera vez que lo veíamos llorar. La maestra se levantó de un salto de su silla y corrió a abrazarlo. Una vez que lo tuvo en sus brazos le preguntó una y otra vez qué le sucedía, pero él no hacía más que llorar. Como no dijo nada, la maestra me miró a mí y me preguntó qué pasaba. Solo levanté los hombros en señal de no saber. En el fondo quería reírme, pero había algo que me impedía hacerlo. Sentí que la maestra al abrazarlo reafirmó algo que a esa edad apenas podría entrever: su favoritismo por el niño rubio, que aunque nos hostigara a todos, era siempre merecedor de un consuelo.

Dejé de mirarlos porque no quería hacerme cargo de lo que sucedía, tampoco quería ver los rostros de mis compañeros. Pensaba que podrían darse cuenta de lo que había hecho, también temía que Pablo hablara. No sucedieron ninguna de esas cosas. Para evitarlo, miré hacia la ventana y, para mi sorpresa, el pabellón nacional estaba a media asta. Eso significaba que alguien importante había muerto ese día. Tal vez la maestra lo había comunicado mientras yo no estaba en clase. Nunca supe de quién se trataba.